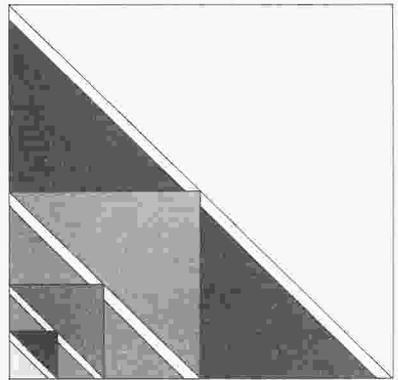


Artículos



Objetivo inconfesado de la 3a. vía socio-liberal: La expropiación del Estado

Riccardo Petrella*

En todo el mundo y durante los últimos veinte años el Estado ha sido objeto de una redefinición restrictiva que reduce su rol y sus poderes. Su soberanía monetaria y militar, así como su capacidad de regulación de la economía, de la información y de la comunicación, se han visto disminuidas y amputadas, y en ocasiones reducidas a simples fragmentos.¹ Ocurre algo idéntico con su representatividad y su credibilidad: para el conjunto de la opinión el Estado ha llegado a ser un actor cada vez más débil e impotente tanto frente a los conglomerados internacionales como frente al “mercado”. No son únicamente los neoliberales y los conservadores quienes adelantan una cruzada contra el Estado. Numerosos demócratas en Norteamérica, en el Japón, en la India, así como una gran parte de los socialdemócratas y de los socialistas de Europa se han vuelto los aliados de esa empresa. ¿Por qué semejante evolución, en particular de dirigentes que siguen afirmando que son de izquierda?

Las explicaciones más corrientes por lo general se remiten a la “crisis” del Estado de Bienestar o Estado Social² (Welfare State) y a la del Estado-nación en general. Pero dichas explicaciones son insuficientes para comprender los mecanismos de autodesmonte del poder público que han llevado a cabo los

* Sociólogo, profesor en la Universidad Católica de Lovaina. Artículo aparecido en *Le Monde Diplomatique*, N° 545, Agosto de 1999, Traducción: Fernando Cúbides.

¹ Sobre el concepto de soberanía, se puede consultar el libro de Pierre Senarclens, *Mundialización, soberanía y teorías de relaciones internacionales*, Armand Colin, París, 1998.

² Prefiero estas denominaciones a la de Estado-providencia, que desde un comienzo ha sido peyorativa.

dirigentes de la mayor parte de países. Es necesario sin duda examinar las consecuencias de la radical transformación de su manera de ver la sociedad, de la nueva narración que elaboran al respecto, y en especial de cinco elementos claves: el individuo, el mercado, la empresa, la "equidad", y el capital. Y en fin de cuentas, como trataremos de mostrar, lo que subyace a todo eso es una deconstrucción sistemática de "lo político".

Instaurado tras la gran crisis del capitalismo financiero de los años 1929-1932, y universalizado tras la 2a. Guerra mundial, el Estado de bienestar era también el remate de las luchas sociales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX: representaba, entre otras, una solución de compromiso entre las fuerzas del capital y las del trabajo, permitiendo una reasignación de los recursos disponibles y una redistribución de las ganancias debidas a la mayor productividad, sobre bases más justas y más solidarias. Por ello se pudo registrar entre 1945 y 1975 una disminución sostenida de las desigualdades en cuanto a ingreso y una elevación también sostenida en el nivel de vida de todos los países occidentales.

Aún así, y desde comienzos de la década del 60 el Estado de bienestar comienza a ser objeto de críticas más o menos sistemáticas. Aquí y allá se le acusa de hacer menos responsables a los individuos, de ser ineficaz, de no haber sido capaz de controlar el déficit público, de intervenir de modo intempestivo en la economía y de corromper la vida pública.

Una crítica sutil que se le hace, pero que no logra ocultar los intereses que la animan, es la que le atribuye la baja en la tasa de ganancia del capital a fines de los años 60, una baja en gran medida imputable a los efectos redistributivos a favor de los ingresos del trabajo; y desde entonces por cierto restablecer la tasa de ganancia para el capital se ha convertido en el principal objetivo de los conservadores y neoliberales de todo el mundo, y en la real motivación de su combate contra el Estado social.

Más aún que la crítica "regionalista" acerca de la "dictadura" del Estado-nación es la globalización de la economía la que da fuerza y credibilidad a los argumentos contra su pertinencia, su utilidad y su eficacia. La libertad de circulación de los capitales le ha quitado de hecho su capacidad de manejo monetario, quedando la moneda, por fin, reducida al nivel de cualquier otra mercancía cuyo valor es fijado por el mercado. La mundialización de los intercambios mercantiles, de las firmas y de las estructuras de producción ha desvalorizado el espacio económico nacional como cuadro de referencia estratégico y prioritario.

Al ser desposeído de su dominio del territorio y del mercado, no queda gran cosa que decir sobre su papel como sujeto y como espacio de la regulación política. Lo cual por cierto ha legitimado las medidas de liberación que, en el

marco del Acuerdo general sobre comercio y tarifas aduaneras (GATT) y de la Organización mundial de comercio (OMC) han hecho emerger en el curso de las dos últimas décadas un poder mundial de regulación sometido a los intereses de gigantescas firmas privadas y con el apoyo de los gobiernos más poderosos del mundo, en primer lugar el de Estados Unidos. Las oleadas de desregulación y de privatización de sectores enteros de la economía en la mayor parte de los países son el lógico corolario de esa liberalización.

“Equidad” y “sociedad de mercado”

A ese respecto la política sobre ciencia y tecnología ha jugado un papel central: en vez de ser definida sobre bases participativas y en busca del bien común, ha sido instrumentalizada al servicio de los intereses privados de las firmas industriales, agroalimentarias y del sector terciario. El derecho de propiedad intelectual ha sido instrumentalizado para facilitar esta evolución y de ahí la mercantilización creciente, y la creciente privatización del conocimiento. Los sistemas educativos y de formación se han visto cada vez más sometidos a los imperativos de la economía. La “nueva” sociedad que se nos dice que representa nuestro porvenir, la “sociedad de la información” está de hecho confiscada con la ayuda, por no decir la complicidad de los dirigentes políticos, y en manos de las grandes empresas privadas; Microsoft, Cisco, Intel, IBM, Ericsson, Nokia, TimeWarner & Walt Disney, CNN, Bertelsmann, Murdoch, etc. Según estas firmas, la sociedad de la información esta a punto de crear una nueva politeia, un gobierno directo, mundial, sin Estado.

Pese a lo anterior, seguimos sin entender por qué los dirigentes políticos de los países occidentales, en particular aquellos que se siguen llamando “de izquierda” han participado activamente en semejante desmonte del Estado. Quisiera avanzar una hipótesis: desde la Revolución Francesa la izquierda ha considerado a la ciencia y a la tecnología como motores del progreso técnico y económico, como instrumento de liberación con relación a múltiples formas de opresión, de esclavitud y de limitación de la libertad y de los derechos humanos. Mientas que, a mediados de este siglo, los dirigentes de izquierda, se han vuelto gestores de la política y de la economía, miembros de la clase media alta, y su cultura positivista los ha acercado a otros segmentos de la clase dirigente en torno a dos objetivos: productividad y competitividad internacional.

Es sobre ese sustrato cultural y sociológico que a nuestro juicio intervienen a fin de los años 60 tres fenómenos (entre varios) que los incitan a participar activamente en la concepción de una nueva manera de leer, y narrar, a la sociedad y al mundo: el primero es el de la nueva oleada de revoluciones

científicas y tecnológicas, en la automatización, en información y en comunicaciones con todas sus consecuencias sobre el mundo de la producción, el empleo, el mercado de trabajo y la competencia internacional; el segundo es el de la baja en la tasa de ganancia del capital en el marco de una economía occidental que ha perdido su ímpetu frente a nuevos concurrentes, y el tercero es el de la crisis cada vez más evidente de los países socialistas que ya no pueden ser vistos como el modelo a nombre del cual negar lo que existe en occidente.

La nueva narración propuesta por esta generación de dirigentes se articula en torno a las siguientes cinco ideas guías: en primer lugar la afirmación de la primacía del individuo, innovador, productor, consumidor. Es él en interacción con sus semejantes, el que establece las reglas. Esas interacciones se fundan sobre el principio de que a cada uno se le debe dejar libre de actuar en procura de maximizar su utilidad, siendo medida ésta en términos del valor monetario de los bienes y servicios a los que se tiene acceso. La sociedad se funda sobre transacciones económicas en las que cada individuo busca, intercambiando, tiempo, conocimientos, bienes y servicios, minimizar los costos y maximizar los beneficios. La regulación social ya no sería vertical, prescindiendo así de normas establecidas desde arriba y mediante principios “exteriores” a los individuos. La regulación ahora sería horizontal, establecida desde abajo, mediante contratos y consensos y conforme a principios “internos” de los individuos.

Segundo elemento: en una situación en la que, en vez de normas generales, solo cuentan los procedimientos autodefinidos y cambiantes, el modelo que permite la optimización de las transacciones es evidentemente el mercado. Prevalece sobre otros dispositivos, cooperativos, mutualistas, solidarios o comunitaristas, pues se supone que permite encontrar entre los individuos consensos que se adapten y sean cambiantes (como los precios) consensos acerca de la asignación y la redistribución de recursos. Así es como la sociedad deviene mercado: “sociedad de mercado” como lo enuncia la expresión socorrida, y ya no solamente “economía de mercado”; y llega a ser incluso considerada, tal “sociedad de mercado” como la forma “natural” de la organización y de la regulación.

Tercera idea-guía: el mercado realiza la verdadera justicia social mediante la “equidad”. Al contrario del Estado de Bienestar al que se considera como un factor de injusticia pues su política redistributiva penalizaría la iniciativa individual, la “sociedad de mercado” sería profundamente justa al permitir a todo individuo entrar en competencia, le daría la posibilidad así de responder y asegurar su bienestar mediante sus propias iniciativas y su creatividad. Esta tesis presenta gran similitud con el pensamiento de John Rawls,³ así como con los

³ En su obra principal: *Theory of Justice*, Harvard University Press; Cambridge, Massachusetts.

teóricos de la “tercera vía” tal como Anthony Giddens,⁴ el asesor de cabecera de Anthony Blair.

Se valorizaría así el principio de la responsabilidad individual. En caso que un individuo llegue a estar desempleado, por ejemplo, es por que la formación ha sido deficiente, por que habrá cometido errores en cuanto a opciones profesionales, o por que no ha sido suficientemente competitivo. El tránsito de la ya antigua noción del derecho al trabajo a la de la “empleabilidad” da cuenta del largo recorrido y de los deslizamientos ideológicos en los que han incurrido estos dirigentes en el curso de los años 90.

En ese panorama es que se le concede un lugar central a la formación inicial y continua. En una sociedad sujeta a cambios tan veloces, no se puede ser competitivo sino a condición de dotarse de las herramientas necesarias en términos de conocimientos, de saberes y de capacidades de adaptación. Y la educación es el medio por excelencia para ello. En virtud del principio de “equidad” un Estado sería justo si desarrolla una política de acceso universal a la educación. Al individuo le corresponde enseguida sacar el mayor beneficio en el marco de la competitividad escolar, al postular eso estos dirigentes no solo avalan la idea de que existen desigualdades legítimas, producto de las diferencias del mérito y el esfuerzo individual, sino también la idea de que el sistema educativo debe estar cada vez más al servicio de la selección social. Lo cual estaría confirmado cotidianamente.

Cuarto elemento: la empresa privada es la organización que en la “sociedad de mercado” asegura por antonomasia la coordinación de las transacciones y permite así la redistribución más justa de los costos y los beneficios a escala del mercado mundial. Se trata además de la organización que ha sabido extraer las mayores ventajas de la revolución informática y de las telecomunicaciones transformándose en un sistema de redes que funcionan en estructuras de decisión cada vez más horizontales, descentralizadas, y que responsabilizan a cada miembro de la organización (lo cual se denomina “manejo participativo”) y abiertas a los intereses de todas las partes.

Y llegamos así a la quinta de las ideas-guía de la nueva narración societal: el capital es la real fuente de valor, es la medida de todos los bienes y servicios, materiales e inmateriales, pero también es la medida de la persona humana. Reducida así a su condición de “recurso humano”, el individuo a esa luz ya no tiene “valor” si deja de ser “rentable”. Es una regla que lo mismo vale para un mecanismo de producción, para cualquier bien o para cualquier servicio: su valor está en función de su rentabilidad. La sociedad de lo efímero, la sociedad de lo

⁴ *The Third Way*, Polity Press. London, 1998.

desechable, del continuo reciclar, extrae su “legitimidad” de esta concepción. En síntesis, cuando los dirigentes que se dicen de izquierda proclaman su adhesión a la economía de mercado, es al conjunto de lo que precede, es decir a la “sociedad de mercado” a la que en verdad se están adhiriendo. A diferencia de algunos de sus amigos socialdemócratas, Anthony Blair y Gerhard Schroeder, autores del manifiesto conjunto “Europa: la tercera vía, el nuevo centro”, no lo ocultan en absoluto.

Frente a lo que parece una abdicación generalizada de los viejos principios, la reconstrucción de lo político pasa por la redefinición de las identidades a nivel de cinco entidades espacio-temporales, a saber: la ciudad, la región, la nación, el continente y el mundo. Tales entidades no pueden configurarse sino a partir de dinámicas de adscripciones y pertenencias (el plural en estos casos se impone) para que pueda expresarse la representación de los sujetos, individuales y colectivos, portadores de intereses comunes pero también divergentes. Ilustraremos ese propósito con las dos entidades espacio-temporales más alejadas de la serie que enunciarnos: la ciudad y el mundo.

La ciudad esta a punto de diluirse en las redes y flujos cada vez más extensos de individuos nómadas, ocupantes temporales, migrantes interurbanos. Una política urbana consistirá en reinventar los vínculos sociales del vivir en comunidad, los nexos locales y solidarios, promoviendo el sentido de pertenencia y de representación a esa escala. Al dar poder, visibilidad y legitimidad a nuevos “parlamentos” urbanos, a redes de encuentro ciudadinas, que permitan a los ciudadanos participar activamente en los asuntos de la ciudad mediante la multiplicación de experiencias de evaluación política de las políticas, de debates organizados por las nuevas redes, de prensa escrita y audiovisual que recoja esos intereses. Se valorizarán así los sistemas de intercambio locales, y las redes mediante las cuales se comparten saberes y competencias, referidos localmente. A desarrollar nuevas cooperativas y entidades mutualistas, de crédito, de consumo, de esparcimiento. La experimentación en curso en el marco del proyecto europeo llamada de las “ciudades numéricas” en las que participa una ciudad pequeña como Parthenay, constituye una alternativa a explorar en esa dirección.

Los bienes comunes de la humanidad

En cuanto al planeta, es la promoción del bien común la que requiere una política así concebida. Lo cual significa nada menos que la salvaguarda, o el restablecimiento de las condiciones vitales de existencia de miles de millones de

seres humanos:⁵ aire, agua dulce, océanos, energía solar, deben adquirir el estatuto de bienes comunes y patrimonio de la humanidad y ser “governados” y “administrados” como tales. Segunda serie de requerimientos políticos a escala planetaria: la seguridad común (alimentaria, ambiental, financiera, sanitaria) la paz, la diversidad cultural, la represión de los crímenes contra la humanidad. En cuanto a esto es urgente una política para la definición y la puesta en acción de un nuevo sistema financiero y monetario mundial y nuevas reglas para el comercio mundial, abandonando a las que han caracterizado hasta ahora al Fondo Monetario Internacional y a la Organización Mundial del Comercio.

Y las proposiciones concretas no han faltado: provienen de un nuevo tipo de organizaciones: de la asociación ATTAC, del llamado grupo de Copenhague, del grupo de Lisboa, del Comité por anulación de la deuda del Tercer Mundo, del Foro mundial de alternativas financieras. Algunos diseños concretos se presentaron el pasado mes de Junio en los Encuentros internacionales de París que organizó ATTAC.⁶ La última de las urgencias: conformar un Tribunal Penal Internacional un símbolo de gran alcance en la dirección de una consciencia moral y política planetaria y de un auténtico “Estado” mundial de derecho.

⁵ Las cifras están claramente establecidas en el *Rapport mondial sur le développement humain* 1999 del Programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (PNUD), De Boek; Bruselas, 1999.

⁶ Para las conclusiones del Encuentro se puede consultar el documento: “¿Dictadura de los mercados? Otro mundo posible” y también el Website de Attac. <http://attac.org>.

Objetivo inconfesado de la 3a. vía socio-liberal: La expropiación del Estado

Riccardo Petrella

Sociólogo, profesor en la Universidad Católica de Lovaina

Artículo aparecido en *Le Monde Diplomatique*, N° 545, Agosto de 1999

Traducción: Fernando Cubides

Resumen

Entre los términos tabú del social-conformismo figuran en primer lugar “Estado” y “ciudadano”, que han sido reemplazados por “sociedad de mercado” e “individuo”: en las dos últimas décadas, la visión del mundo de la mayoría de los dirigentes políticos ha sido permeada y trastocada por la ideología liberal, y en particular gobiernos cuyos dirigentes siguen definiéndose como de izquierda, han mostrado en eso un celo particular. De allí proviene una tendencia a la atomización de todos los vínculos colectivos, y de parte de aquellos que han sido elegidos para servirlo, una disminución sistemática de la importancia del Estado en tanto que garante del bien común. Al punto que la política no parece tener otro objeto que la destrucción de lo político y de la acción pública; aquí se desarrolla la crítica a los supuestos principales de esa tendencia.

Abstract

Among the many taboo words of social-conformism we can find “State” and “Citizen” have been replaced by “market society” and “individual”. In the last two decades, the majority of public leaders’ world vision has been influenced or muddled by liberal ideology. More than anything those leaders who are still defining themselves as part of the left wing have shown a particular reserve for this topic. As a result, one can find the tendency to minimize all collective ties, in so far as those chosen to serve a systematic decrease in the importance of the State as a guarantor of well being. It has come to a point where politics does not seem to have any goal other than the destruction of political and public affairs. Therefore, one can find the development of the background assumptions of this tendency.